

PERSPECTIVISMO, RELATIVISMO Y VERDAD EN LA GENEALOGÍA DE NIETZSCHE.

José Manuel Romero Cuevas. Universidad de Granada.

La genealogía es bautizada por Nietzsche como tal precisamente en la obra que tituló *La genealogía de la moral* publicada en 1887. Y ello a pesar de que el tipo de analítica histórica que es la genealogía fue practicada por Nietzsche, como sostiene él mismo en el prólogo a esta obra, desde *Humano, demasiado humano*. En relación a la genealogía nietzscheana nuestra cuestión aquí va a ser la siguiente: ¿es la genealogía conocimiento? ¿es ciencia? ¿es un análisis que pretende ser neutral, objetivo y por tanto con pretensión de universalidad? ¿es un discurso perspectivista y en tanto que tal relativista que se sabe mera ficción mas pretendiendo poseer efectos de sentido? En la presente intervención se va a afrontar cuál es el estatuto epistemológico de la genealogía en la obra de Nietzsche. Para ello se ubicará en la concepción nietzscheana del trabajo teórico propio del intelectual crítico. La tesis que quiero sostener aquí es que la genealogía se pone en juego en el espacio definido por un perspectivismo asumido, una vocación práctica manifiesta y un compromiso insobornable con la verdad. Todo ello debe establecer las condiciones para responder a la cuestión: ¿es la genealogía un discurso relativista? Nos centraremos por tanto en la concepción de la genealogía por parte de Nietzsche, pero con ello se espera iluminar el sentido y función de la misma tal como ha sido utilizada por otros pensadores contemporáneos.

Sintetizando espléndidamente su propia concepción de la filosofía y del trabajo teórico Nietzsche define al filósofo como “la conciencia malvada de su tiempo”¹. Ahora bien, el filósofo debe ser la mala conciencia de su época desde la perspectiva de Nietzsche en tanto que tiene puesta la mirada en un futuro que el presente obstruye y niega: “El filósofo, en cuanto un hombre necesario del mañana y del pasado mañana, se ha encontrado y ha tenido que encontrarse siempre en contradicción con su hoy: su enemigo ha sido siempre el ideal de hoy.”² Este abocamiento cuasi-utópico del filósofo al futuro es referido por Nietzsche mediante fórmulas ciertamente memorables. Se refiere a sí mismo y al tipo de pensadores por los que aboga como “Nosotros los nuevos, los que no tienen nombre, los difíciles de entender, nosotros, partos prematuros de un futuro no verificado todavía”³. Los filósofos genuinos son ese tipo de hombres “que saben que reflejan el futuro en su

¹ Nietzsche, F., *Más allá del bien y del mal*, Alianza, 1972 (=MBM), §212, p. 156; Nietzsche, F., *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, Herausgegeben von Giorgio Colli und Mazzino Montinari, Walter de Gruyter, Berlin-New York, 1988 (=KSA) 5, p. 145.

² *Ibid.*

³ Nietzsche, F., *La Gaya Ciencia*, (=GC), §382, KSA 3, p. 635. En otro lugar habla de “Nosotros los europeos de pasado mañana, nosotros primicias del siglo XX”, MBM, §214, p. 161; KSA 5, p. 151.

rostro”⁴. Y, en tanto que tales, no pueden sino oponerse a su presente: “Nosotros, hijos del futuro, ¿cómo *ibamos* a sentirnos en nuestro hogar en un presente como éste?”⁵, al cual Nietzsche se refiere como un presente carcomido, podrido⁶.

¿Qué tipo de trabajo intelectual caracteriza al filósofo en el planteamiento de Nietzsche, un ser abocado a un futuro que ya despunta como una aurora inminente? A primera vista, y de una manera aparentemente paradójica, lo propio del filósofo es realizar un trabajo subterráneo. Efectivamente, Nietzsche se refiere a sí mismo como alguien que ha “nacido para una existencia subterránea y combativa”⁷. Pero, ¿qué hace el filósofo en el subsuelo?, ¿en qué sentido es combativo su trabajo allá abajo? El magnífico texto con el que se abre el prólogo a *Aurora*, y que merece ser citado por entero, puede aportar algo de luz en relación a estas cuestiones.

“En este libro se encontrará a un «subterráneo» trabajando, alguien que cava, que perfora, que mina. Se verá –suponiendo que se tengan los ojos para este trabajo en las profundidades– cómo lenta, prudentemente, y con qué suave inexorabilidad logra avanzar, sin manifestar la molestia que supone toda larga privación de aire y de luz. Incluso podría considerársele satisfecho con su oscuro trabajo. ¿No parece que le conduce algún tipo de fe, que algún consuelo le compensa? ¿Acaso quiere habitar en sus propias tinieblas, poseer cosas incomprensibles, ocultas, enigmáticas porque él sabe que de allí también obtendrá su propia mañana, su propia redención, su propia *aurora*?... Ciertamente él regresará: no le preguntéis qué es lo que busca allá abajo, pues este aparente y subterráneo Trofonio sólo os lo dirá cuando de nuevo se «convierta en hombre». Uno se olvida totalmente del silencio cuando, como él, se ha sido topo, incluso únicamente topo, durante mucho tiempo...”⁸

El pensador por tanto es un perforador, un cavador, un socavador; avanza lenta, serenamente, con suave determinación. Su trabajo es metódico, perseverante. Es un trabajo de topo⁹. Pero, ¿cuál es el objetivo de su trabajo?

“Así pues, lo que emprendí entonces era algo que no era un asunto para todos: descendí a lo profundo, me puse a horadar el fondo, comencé a examinar y a socavar una vieja *confianza* sobre la que nosotros los filósofos desde hace milenios solíamos construir una y otra vez, como si fuera terreno sólido, aunque todas las edificaciones hasta ahora se hayan derrumbado. Yo comencé a socavar nuestra *confianza en la moral*.”¹⁰

El filósofo pretende socavar los cimientos establecidos aparentemente de manera firme sobre los que se sustenta el presente, en este caso, pretende socavar la confianza,

⁴ GC, §161, KSA 3, p. 497.

⁵ GC, §377, KSA 3, p. 628.

⁶ Nietzsche se refiere a su presente como “diese morsche, selbstzweifelrische Gegenwart”; *La genealogía de la moral*, Alianza, 1972 (=GM), II, §24, p. 109; KSA 5, p. 336.

⁷ GM, I, §12, p. 50; KSA 5, p. 277-8.

⁸ Nietzsche, F., *Aurora*, Biblioteca Nueva, 2000 (=AU), Prólogo, §1, p. 57-8; KSA 3, p. 11.

⁹ Sobre esta metáfora del *topo* utilizada por Nietzsche puede verse Krell, D.F., “Der Maulwurf. Die philosophische Wühlarbeit bei Kant, Hegel und Nietzsche”, en O’Hara, D. (ed.), *Why Nietzsche Now?*, Indiana University Press, New York, 1985, p. 155-185.

¹⁰ AU, Prólogo, §2, p. 58; KSA 3, p. 12.

la fe en la moral platónico-cristiana como cemento universal incuestionado de una configuración histórica que más allá de una aparente pluralidad vive en un horizonte homogéneo fosilizado. La labor de topo del intelectual persigue la desfundamentación de lo aparentemente firme, la socavación de los cimientos sobre los que se asienta con una pretensión de absoluta seguridad la coyuntura actual. Ahora bien, ¿cómo practica esta desfundamentación de lo vigente?, ¿qué encuentra enterrado bajo estratos sedimentados desde antiguo?, ¿qué es aquello que halla y tiene el poder, la fuerza, de movilizar y disolver la apariencia pétreo del presente? Efectivamente, el trabajo lento, metódico de desfundamentación que Nietzsche atribuye al intelectual está vinculado con el trabajo genealógico. La genealogía de la moral, como historia crítica de los valores, en tanto que instrumento de la tarea de desfundamentación del filósofo debe ser considerada como una *intervención*. La genealogía es una intervención en tanto que el genealogista afronta la historia desde una determinada problemática, desde un determinado diagnóstico del presente que le impulsa a una aproximación a lo ocurrido interesada, nunca neutral. Su diagnóstico de la propia época actúa como horizonte constituyente de su perspectiva sobre el pasado y hace de su trabajo por una parte una aproximación activa sobre lo sucedido y por otra un movimiento de ida y vuelta: la aproximación sobre el pasado sólo tiene sentido en tanto que se consiga un efecto práctico sobre el presente. La genealogía, como las formas de historia al servicio de la vida tematizadas en la *Segunda Intempestiva*, sería una forma de historia perspectivista para la cual la ubicación en una determinada perspectiva funciona como horizonte cuasi-transcendental, ya que es la condición de posibilidad de toda aproximación a lo pasado. Su estar ubicada de forma perspectivista es lo que posibilita la constitución de la objetividad y cognoscibilidad de lo acaecido, pues forma parte de tal cognoscibilidad su efectividad práctica sobre el presente.

Mas la intervención que es la genealogía posee una pretensión cognoscitiva fuerte en tanto que responde a una exigencia planteada explícitamente por Nietzsche: “necesitamos una crítica de los valores morales, *hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores* —y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquellos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron”¹¹. La genealogía de la moral no es otra cosa que esto: un conocimiento del surgimiento y transformación de los valores morales, una historia de los valores que por el hecho de mostrar esto, su historia, echa por tierra la concepción tradicional de los valores, a saber, la consideración del “valor de esos «valores» como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda”¹². Por lo tanto la genealogía es conocimiento, conocimiento de la génesis e historia de los valores, un conocimiento que disuelve el valor atribuido hasta ahora a los valores morales, es decir, la concepción de los valores como algo dado, real y efectivo¹³. Y es un conocimiento que pretende ser riguroso, en tanto que el objeto de

¹¹ GM, Prólogo, §6, p. 23; KSA 5, p. 253.

¹² Ibid. La genealogía es, en palabras de O. Reboul, una crítica “radical” de la moral pues en tanto que ésta aspira, desde la perspectiva de Nietzsche, a apoyarse en un substrato firme, el genealogista “pretende recordar su génesis: la desmitifica por su historia, mejor dicho, por el hecho de tener una historia.” Reboul, O., *Nietzsche, crítico de Kant*, Anthropos, 1993, p. 63.

¹³ “Todo este mundo de ideas, verdades, metas y paradigmas eternos y en sí, desarraigado de su vinculación con la vida y superferidos como transcendencia ideal, va sucumbiendo al desgaste de la historia, diluyéndose al fin como humo que se evapora. La crítica genealógica no hace más que consumir la caída a la que este mundo transcendente se había condenado desde el principio. Pues allí donde los significados y los valores se autoerigen en algo fijo y autónomo frente a la vida, ha

la genealogía es “lo fundado en documentos, lo realmente comprobable”¹⁴ y está orientada por una metodología que le posibilita estar atenta a lo discontinuo en la historia, a los azares, a las violencias, irrupciones e inversiones abruptas que constituyen lo histórico. La genealogía está abocada a la “efectiva historia de la moral”¹⁵ y es propio de la misma un “espíritu histórico”¹⁶, un “instinto histórico”¹⁷ capaz de historizar lo que se presenta como incuestionable¹⁸. Tal empeño en historizar lo indiscutible conduce, en el planteamiento de Nietzsche, a su verdad reprimida, a una verdad que al ser rescatada provoca todo un “ruido endiablado”¹⁹, una verdad que respecto al presente constituye toda una blasfemia (*frevelhaft*)²⁰. Esta verdad no es sino su historia²¹. ¿Entonces, gracias a su capacidad historizadora el genealogista accede realmente a verdades veladas que para el presente constituyen un escándalo? Es esto precisamente lo que Nietzsche sostiene: Nietzsche desea que los genealogistas de la moral “sean en el fondo animales valientes, magnánimos y orgullosos, que saben mantener refrenados tanto su corazón como su dolor y que se han educado para sacrificar todos los deseos a la verdad, a toda verdad, incluso a la verdad simple, áspera, fea, repugnante, no-cristiana, no-moral... Pues existen verdades tales.”²²

Ahora bien, ¿en qué consiste exactamente esta verdad que la genealogía recupera? Se trata de la historia de los valores (y, en definitiva, la historia del presente) cuya sustancia consiste en la desnuda violencia entre los grupos humanos, el engaño y la traición, el dominio y la explotación, la masacre y el olvido, lo cual confiere a la historia una discontinuidad esencial²³. Las tremendas páginas que Nietzsche dedica a la genealogía de la facultad de la memoria, base de la responsabilidad, la reflexión y la razón mismas concluyen de la siguiente manera: “Ay, la razón, la seriedad, el dominio de los afectos, todo ese sombrío asunto que se llama reflexión, todos esos privilegios y adornos del hombre; ¡qué caros se han hecho pagar!, ¡cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las «cosas buenas!»”²⁴ Además, el origen de la mala conciencia se produjo a partir de “la inserción de una población no sujeta hasta entonces a formas ni a inhibiciones en una forma rigurosa iniciada con un acto de violencia [y que] fue llevada hasta el final exclusivamente con

surgido la mentira y el deseo de refutarla.” Sánchez-Meca, D., *En torno al superhombre. Nietzsche y la crisis de la modernidad*, Anthropos, 1989, p. 127. Según Fink, “para Nietzsche la llamada objetividad de los valores no es otra cosa que una proyección realizada por la existencia, pero una proyección olvidada”, Fink, E., *La filosofía de Nietzsche*, Alianza, 1974, p. 143.

¹⁴ GM, Prólogo, §7, p. 24; KSA 5, p. 254.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ GM, I, §2, p. 30; KSA 5, p. 258.

¹⁷ GM, II, §4, p. 71; KSA 5, p. 297.

¹⁸ Según Foucault, “la búsqueda de la procedencia”, característica de la genealogía, “no funda, al contrario: remueve aquello que parecía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo”; Foucault, M., “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder*, La Piqueta, 1988, p. 13.

¹⁹ Nietzsche, F., *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza, 1972, p. 52; KSA 6, p. 81.

²⁰ AU, §1, KSA 3, p. 19.

²¹ Es aquí donde la presente lectura de la genealogía se distancia de la que realiza M. Foucault, en tanto que para él la genealogía no puede ser considerada como conocimiento y está desvinculada de toda verdad; Foucault, M., op. cit., p. 25 y 27, respectivamente.

²² GM, I, §1, p. 30; KSA 5, p. 258.

²³ “La historia genealógicamente dirigida (...) intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan”; Foucault, M., op. cit., p. 27.

²⁴ GM, II, §3, p. 71; KSA 5, p. 297. “¡Cuán caro se ha hecho pagar en la tierra el establecimiento de *todo* ideal!”, GM, II, §24, p. 108; KSA 5, p. 335. Ver también GM, III, §9, p. 132-3; KSA 5, p. 356 y ss.

puros actos de violencia”²⁵. El conflicto es la sustancia misma de la historia de los valores: “Los dos valores *contrapuestos* «bueno y malo», «bueno y malvado», han sostenido en la tierra una lucha terrible, que ha durado milenios; y aunque es muy cierto que el segundo valor hace mucho tiempo que ha prevalecido, no faltan, sin embargo, tampoco ahora lugares en los que se continúa librando esa lucha, no decidida aún.”²⁶ De esta forma los valores dejan de ser percibidos como realidades subsistentes para ser reconocidos como materia dúctil al servicio de grupos humanos concretos²⁷ en su confrontación con otros grupos en el marco de un proceso histórico constituido por la guerra, la explotación, las relaciones de dominio, es decir, por una irracionalidad esencial que disuelve el valor concedido a los valores morales una vez comprendida su naturaleza histórica. Esta irracionalidad esencial a la historia es la verdad sacada a la luz por la genealogía.

Para completar la caracterización de la genealogía nietzscheana ha de sostenerse que se trata de una intervención epistémica con voluntad *práctica*. ¿En qué sentido? Ya se ha expuesto cuál es el punto de partida problemático de Nietzsche: los valores morales han sido concebidos por la moral platónico-cristiana como realidades objetivas, subsistentes, con existencia independiente de los individuos. Y por lo tanto, como algo indiscutible e incriticable. La sociedad moderna, heredera, a pesar de las aparentes discontinuidades, de la sociedad y cultura platónico-cristiana, pretende asentarse, utilizando tales valores como cimientos firmes, con una legitimidad absoluta, problematizando completamente la idea de un posible transcendimiento de sí misma. Afianzada en unos valores considerados eternos, la sociedad moderna pretende ser la culminación intranscendible de una historia que conduciría inevitablemente a ella. Asentada en tales cimientos, la sociedad actual, fin en los dos sentidos de la historia, podría reconstruir todo el proceso histórico como conducente a su realización y por lo tanto como un proceso racional que en tanto que culmina en la sociedad vigente hace de ésta la realización plena de lo racional: identidad efectiva de lo real y lo racional. Es decir, marco hermético, intranscendible, en tanto que efectiva realización de toda posibilidad históricamente pensable.

¿Cuál es el efecto de la genealogía? Sin lugar a dudas tal efecto es fundamentalmente *práctico*, pues la verdad sacada a la luz por la genealogía, la irracionalidad esencial a la historia, desfundamenta de principio la pretensión del mundo moderno de ser identidad efectiva de realidad y racionalidad. Por otra parte hace de la historia un proceso carente de teleología²⁸, un proceso impulsado por la guerra en relación al cual el presente es la realización de *uno* de los posibles que tal proceso contenía, realización efectuada en virtud de la particular correlación de fuerzas existente en un determinado momento

²⁵ GM, II, §17, p. 98; KSA 5, p. 324.

²⁶ GM, I, §16, p. 58-9; KSA 5, p. 285.

²⁷ El resultado de la genealogía es la concepción de que “la vida es el fundamento último de todos los valores; éstos sólo existen en la medida en que la vida los dicta. La posición de los valores de la vida, en el hombre y por el hombre, es manifestación de la voluntad de poder”; Fink, E., op. cit., p. 152-3. Heidegger ya había sostenido que la genealogía de la moral nietzscheana concluía en la tesis de que la voluntad de poder establecía los valores como sus “puntos de vista. La voluntad de poder es la que estima según valores a partir de su «principio interno» (...). La voluntad de poder es el fundamento para la necesidad de instauración de valores y el origen de la posibilidad de una valoración. (...) Aquí se hace evidente que los valores son las condiciones de la voluntad de poder puestas por ella misma.” Heidegger, M., “La frase de Nietzsche «Dios ha muerto»”, en *Caminos de bosque*, Alianza, 1995, p. 172 y ss.

²⁸ Para Löwith Nietzsche arremete contra el carácter te(le)ológico de la filosofía de la historia hegeliana que sustentaba una “fe en el sentido de la historia [que] conducía al culto idolátrico de lo efectivo”; Löwith, K., *De Hegel a Nietzsche*, Sudamericana, 1968, p. 253-4.

histórico. La verdad rescatada por la genealogía tiene como efecto la desfundamentación radical de la sociedad moderna²⁹. Disuelve su carácter petrificado, su carácter cerrado. Lo muestra como realidad dinámica sobre la que se puede (y, según Nietzsche, se debe) intervenir prácticamente. El efecto de la verdad de la genealogía es fluidificar, historizar el presente permitiendo la apertura de nuevas posibilidades transcendentales al mismo³⁰. Al final del primer tratado de *La genealogía de la moral* sostiene Nietzsche: “*Todas las ciencias tienen que preparar ahora el terreno para la tarea futura del filósofo: entendida esta tarea en el sentido de que el filósofo tiene que solucionar el problema del valor, tiene que determinar la jerarquía de los valores.*”³¹ La genealogía está profundamente comprometida con esta tarea en tanto que la problematización del carácter *dado*, objetivo, de los valores es la condición de posibilidad de una redefinición de la jerarquía de los valores y de una transvaloración de los mismos. Su función es esencialmente la de abrir el horizonte de posibilidades al actuar y valorar humano. Este es el interés práctico esencial del genealogista que hace de su trabajo una auténtica intervención que aspira a tener un efecto práctico sobre los agentes abocados a una praxis aquí y ahora.

La verdad de la historia salvada por la genealogía abre una brecha en esa identidad entre realidad y racionalidad con la que el último Hegel había elevado al Estado burgués a encarnación de Dios en la tierra³². Efectivamente, vuelve a abrir una cesura en la conciliación efectiva de lo real y lo racional con la que el último Hegel consideraba culminada la Historia. Esa cesura, esa brecha, permite sobrepasar en principio toda posición apologista respecto al presente y posibilita una percepción fluida del mismo, sensible a los factores dinámicos que lo constituyen. La irracionalidad esencial de la historia disuelve la falsa sustantividad del presente mostrándolo como frágil configuración sometida a un indomeñable devenir. Ciertamente un devenir sin dirección prefijada, sin lógica predefinida. Pero la sustancia irracional sobre la que el mundo moderno se sostiene como un durmiente “pendiente de sus sueños del lomo de un tigre”³³, desborda, sobrepasa, como una desmesura incontrolable e inasimilable, tal marco, definido presuntamente de una vez por todas, que pretendía delimitar con la efectividad de un bisturí qué posibilidades históricas nos son siquiera imaginables. En la exhumación de tal verdad el filósofo, en su labor de genealogista, alcanza su máximo antagonismo en relación a su época. El trabajo subterráneo de topo que Nietzsche atribuía al pensador está, de esta forma, encauzado a la apertura de porvenir. Este escarbar bajo la acumulación de estratos que dan consistencia a nuestro hoy es un trabajo orientado al futuro, es una labor preñada de futuro. Efectivamente, este peculiar topo, como quería Nietzsche, refleja el futuro en su rostro.

²⁹ Según Foucault, el intérprete, tal como lo entiende Nietzsche, debe descender, debe ser un “excavador de los bajos fondos (...) para restituir la exterioridad resplandeciente que fue recubierta y enterrada. Y es que, si el intérprete debe ir personalmente hasta el fondo, como un excavador, el movimiento de interpretación es, por el contrario, el de un desplome, del de un desplome cada vez mayor, que deja que por encima de él se vaya desplegando la profundidad de forma cada vez más visible”; Foucault, M., *Nietzsche, Freud, Marx*, Anagrama, 1970, p. 30.

³⁰ El “contenido fundamental del método genealógico [es] la apertura a las muchas posibilidades del devenir humano”; Vattimo, G., *El sujeto y la máscara*, Península, 1989, p. 137. Véase sobre esto Cano, G., “Nietzsche y Foucault. La exploración genealógica como condición de posibilidad de nueva historia”, en *Anábaseis, Revista de Filosofía*, nº 4, 1996, p. 69.

³¹ GM, I, Nota, p. 62; KSA 5, p. 289.

³² Sobre la diferente posición de Hegel y Nietzsche en relación al Estado burgués véase Kaufmann, W., *Nietzsche. Philosoph-Psychologie-Anticrist*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1982, p. 143 y ss.

³³ Nietzsche, F., “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”, en *Sobre verdad y mentira*, Tecnos, 1990, p. 20; KSA 1, p. 877.

La genealogía es por tanto una estrategia de desfundamentación del presente presuntamente afianzado. Para ello, afronta lo acaecido con objeto de sacar a la luz lo que el presente trata de velar a toda costa: su pasado innombrable. Al extraer esta verdad, la genealogía se presenta como conocimiento, como una analítica histórica metódicamente sustentada que al pasar, como sostenía Walter Benjamin, a la historia acaecida su “cepillo a contrapelo”³⁴ saca a relucir verdades obscenas y escandalosas para el presente. Mas esta labor es realizada según Nietzsche bajo la orientación de los intereses prácticos de perspectivas concretas. Únicamente desde el diagnóstico de la problemática del presente desde una perspectiva determinada, sólo desde la necesidad práctica de afrontar tal problemática tiene sentido para Nietzsche la intervención conscientemente beligerante, la íntima fusión de conocimiento y praxis que es la genealogía.

José Manuel Romero Cuevas
Universidad de Granada
Departamento de Filosofía
Campus de la Cartuja
E-mail: joserom@gmx.net

³⁴ Benjamin, W., “Tesis de filosofía de la historia”, en *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, 1986, p. 182.